PALANGRERO

Novela Corta de Ficción

Federico Villalobos

2024

Dedicado al Botánico

HUMBERTO EMILIO GARCIA PINZON (19_ - 20__) de quien su carta de recomendación hizo maravillas.

Jenaro jalaba el delgado cordel que se movía como una serpiente entre las muertas rocas Coralinas de la Playa. Dejaba su huella profunda en la arena gris y cuando avanzaba empujaba algunos caparazones de los Cangrejos Azules del Manglar y vidrios de algunas botellas que perdieron el filo con las olas. También movía unas cáscaras de huevo que se cocieron en las cenizas de las extintas brasas para el Café. Y a veces, alguno de sus ramales con anzuelos anudados, se atoraba con los enredos que formaban las Algas Pardas y algunas Verdes y otras Rojas que había desprendido la Mar enfurecida en la noche anterior.

Y Jenaro Quintana tenía que levantarse de su asiento clavado entre dos Trupillos. Era una tabla rucia con muchos huecos que había encontrado en la Playa y que ahora descansaba sobre dos tacos de madera completamente secos. El Sol hacia lo suyo todos los días. También quemaba las hojas de ese libro que leía de forma desordenada. Porque así se leía también la Biblia.

Dejaba a un lado su tazón verde - que una vez sirvió para hacer Tortas con su Abuela

en un horno blanco que alegraba a los de la Electrificadora - pero ahora lleno de anzuelos, afilados con una piedra de cocina, peces falsos con anzuelos y algunos plomos con algún nudo a medio amarrar, junto al Radio con la gente que seguía hablando del clima en la Radio que colgaba de una horqueta. En la misma rama donde se templaba con una cabuya el plástico negro que resguardaba las Mochilas de hilo, algunas provisiones y su colección de Cuchillos.

Él creía después de unos sorbos de un Brandy, escondido dentro de unos costales que guardaban unas bolsas de Arroz y Sal, que el Palangre era un aparejo muy efectivo para la corriente Samaria de Punta Aguja. Tanto que había reemplazado la pesca con Bolo en las Ciénagas del Golfo de Morrosquillo por un bote Palangre que navegaba lentamente por algunas corrientes en Santa Marta.

De esa época juvenil y gran musculatura solo recuerda aquellos días en que hacía equilibrio en la proa de la canoa. Descamisado y con el pantalón remendado,

amarrado con una correa pelada, daba la seña al del timón para detener la marcha del bote. Sus ojos marrones habían visto unos brillos dentro del agua. Era el momento del gran engaño.

Decían los Cenagueros que Jenaro Quintana tuvo un "buen brazo" para el bolicheo cuando lo lanzaba hacia arriba y que al llegar a la copa de algunos Mangles, hacia una curva como un proyectil negro en caída para luego estrellarse contra el agua y desplegar sus ondas. Una llamada telefónica para los peces del objeto negro que flotaba. Y después como abriendo un gran abanico con un fuerte movimiento de espalda, la Atarraya se desplegaba en el aire mostrando su majestuoso tejido de araña y atrapaba a más de un pez incauto.

Hubiera sido un gran Pelotero en los diamantes de Cartagena. O un excelente jardinero porque esa Atarraya teñida de los colores de la Bandera Nacional, a veces solo sacaba hojas descompuestas del Mangle Colorao con un ligero olor a gas intestinal.

Se había cansado de alumbrar a los peces en los ojos. Así pescaban algunos en las noches

estrelladas y repletas de zancudos de Córdoba. Eso era para él lo mismo que recibir un dinero sin pescar.

Prefería en aquella época para descansar los brazos y la espalda y vivir más si se podía, preparar Chocolate en una hoguera en la playa. El humo de la leña da un sabor especial.

La candelada se veía a lo lejos por la cantidad descomunal de humo que salía de ella. Y como siempre decía que estaba escaso del Cacao de su agrado en la tienda o porque su bolsillo estaba muy desocupado, decidía sacar de unas bolsitas de tela unas astillas de Canela y dos Clavitos de Olor - Maravillosas florecitas que le recetó el Dentista que lo hacían dormir y le quitaban el dolor de algunos dientes traseros que siempre asociaban con el fin del mundo - Luego le agregaba algo de los salitrales de Manaure.

Jenaro Quintana era hoy un huérfano que disfrutaba de la espuma que dejaba la Mar en sus pies y de la compañía de 7 Perros y un Mico que había exiliado el heladero porque le robaba los huevos. Compañía que

demostraba diariamente sus afectos al pescado.

Era un huérfano viejo que usaba botas de cuero para que la arena blanca no le quemara los pies y guantes para evitar el corte de las escamas y para el frio que había dejado en sus huesos el agua unas camisas para elefantes.

También sus hermanos habían muerto y no sabía cómo se le podía decir a esa condición de soledad. Pero tanta muerte de gente Samaria que no eran pescadores sólo le había traído fortaleza. De la que se necesita para enfrentar un Caimán que se aventura a la Mar del Rodadero. Y al hombre disfrazado de Babilla en Barranquilla que enamora las muchachas cuando toma valor con unos tragos de Aguardiente.

Jenaro tenía dos casas. En una era vecino de los Pescadores del Ancón en las épocas secas y la otra en Taganguilla cuando llovía demasiado, esta última construcción de caña y barro junto a la Cantina de Fermín cuyos asistentes siempre los llamaba la Mar. También al bebedero venia gente de Bocas de

Ceniza y de Dibulla a humedecer la boca con los zumos fermentados y destilados.

Los foráneos decían cuando estaban borrachos y con ganas de dar "muñequeras" que era mejor que el Palangre el método moderno de "Trolling" (así le había enseñado un Norteamericano que le gustaban los gatos) o el Correteo, nombre que hacía sonreír a muchas damas asistentes con memoria para los amantes. Y que el botecito de Jenaro era tan viejo que ni una Botavara se le podía colocar al costado. Pero eso no molestaba al veterano Jenaro y con risas y abrazos se iba de aquel lugar sin antes invitar una ronda de tragos para distraer a los pugilistas. Y siempre les deseaba ¡Buena Suerte en la Mar!

- Ésta noche solo somos tú y yo amiga y las luces del Instituto Marino allá a lo lejos. Esos Alemanes deben estar con sus Algas. Viejos recuerdos de la época en que me decían era un voluntario inteligente. ¡Y eso me hacía pensar en cómo estaban los demás del servicio! – dijo Jenaro a Bambi Liliana, una

perrita que detectaba los peces grandes por su afición a mirar por la borda.

Como Veterano Pescador, título que se le dio por ser viejo, llevaba en su bodega de la proa 40 metros de línea de alambre Monel que le daban la gente de los Bananos chiquitos. En esas campañas en que regalaban cosas para justificar que no masacraron y tumbaron muchos árboles para sembrar plátaos.

Había soñado con Pescar, en honor a la gente que fumiga los Bananos, una Sierra, un Jurel, un Atún o un Medregal, de los que se deslizan a 3 metros de profundidad y les gusta ir para abajo. Donde la luz se va perdiendo. Por esos pagan bien los del Puerto y no se pasa hambre. Ni tampoco la gente del Puerto a la que le regalamos lo que nos sobra.

Y como la carnada le jugó una mala pasada porque decidió flotar, trajo consigo unas pesas de plomo que le había regalado el Carnicero de la plaza cuya hija, había manifestado de joven interés en los hombres viejos y resabiados. Gente aficionada a la

Mariguana que estaba a punto de hundirse en un hueco en la tierra.

- Esta línea de alambre habrá que dejarla caer lentamente - dijo Jenaro - y cuando la recojamos debo evitar que se forme una "horca". Esas argollas que nadie sabe por qué aparecen hay que dejarlas solo para los parientes sin importancia y las cuñadas. No queremos que se reviente mañana. Solo cuando la electricidad de la Mar lo quiera. Todavía recuerdo algunas clases del colegio. ¡No, no! ¡No son mentiras y no he leído eso en las instrucciones! - le dijo a Bambi Liliana - Mi palabra es tan cierta como que 115 centímetros de esta agua se van a evaporar para el fin de año.

Bambi Liliana miraba como esa culebra con anzuelos se perdía de vista en las aguas azulosas en la popa. Y los plomos la hacían pensar que se alimentó de ratones gordos y flacos. De los que tratan con Vitaminas en los laboratorios. Después con la pata golpeaba con suavidad la línea de Nylon. Ya la habían arreglado en la playa porque

para Jenaro era mejor pescar cerca de la superficie.

- Monofilamento le dicen los de la Ferretería de Santa Marta – me dijeron con voz de burla – ¡Yo lo que buscó es la línea más barata! – les dije – <<Con estos bolsillos rotos – pensó >> Pero que aguante esa sacudida de esos peces mañosos. Los de cerca del Aeropuerto que no quieren dejar a su madre, a su padre y a sus hermanos. << Y como no hay confianza entre los peces y Yo, me tocó comprar para colocar algunos alambres de acero azulosos hasta la carnada – pensó >>. ¡De alguna forma tengo que protegerme de sus dientes y los Corales! Y como en la Mar todo es confusión para esos peces tuve que comprar para poner Plomadas con quilla separadas de la línea. ¡Véndanme también unos Swivel! – les dije molesto. ¡Unos giradores, por el amor de Dios! ¡Éstos extranjeros que contratan por poco salario!

La Perrita hizo un aullido débil y después latió. Lo permitía la ley. Luego colocó su pata en la espalda de Jenaro. Él sintió las

uñas. Lo sacudió y como no reaccionaba lo arañó.

- ¡Si!, no tiene que recordarme cuáles hay que pescar. Aunque con estas aguas turbias del Aeropuerto deberíamos usar las Cucharas que nos dejó el difunto Pedro ¡Para pez grande carnada grande! Ya sé. También recuerdo que para comer Barracuda y Mero tengo que usar los Palitos y alistar un garrote para cuando esos anzuelos triples se enreden en la línea de otro – dijo – ¡Tengo memoria sin daños gracias al Plátano y al fósforo del pescado! Comemos lo mismo Bambi Liliana. A ver le digo las Carnadas, Bambi Liliana, para ejercitar la memoria de 7 décadas: la Hojita para Sierras y Barracudas, el Machuelo que me lo regalan unas amistades en las Bahías de Gaira y Santa Marta para el Pargo, la Lisa que me la traen de Ciénaga, la Caballeta, el Macabí que le hicieron canción los Cubanos, la Cachorreta y el Bonito y el Carite que siempre tengo que sacarles el espinazo para que no giren como hélice y el Ojo

Gordo. ¡Gran Pez! ¿Si comprobó que tengo buena memoria? ¡Todavía se equilibrar mis aparejos de pesca!

La noche estaba oscura por las nubes que el mazo tranquilizador de pescados no se veía. En el agua la proa del Palangre que se movía con la corriente como un borracho lamiendo los vasos con cuncho y fumando colillas hasta el filtro, estimulaba los destellos azules de millones de Dinoflagelados.

Leyó sobre ellos en la revista Geografía Nacional. Y cada vez que pronunciaba ese nombre a alguien, decían que era un Científico Marino magnifico como los periodistas del Fútbol que leen en la radio nombres de gente del extranjero. Y los que escuchan piensan que son gente muy estudiada.

El Palangre lo llevaba la corriente. Las líneas con sus anzuelos que se tambaleaban en un baile solitario, cortaban el agua separando el paso de los peces entre dos mundos, alejando unos Pelícanos que se encontraban durmiendo sobre el agua.

Lo veían pasar las Tijeretas que se posaron en las copas de los árboles y en los Cactus que de vez en cuando se quedaban con una pluma. Todo el día habían estado siguiendo a los peces grandes sobre el Palangre y ahora dejaban a Jenaro a su suerte. Una suerte de Pelícano que solo logra capturar Sardinitas en la playa Salguero.

Bambi Liliana le gruñía a los Pájaros Bobos en el acantilado de la Isla de la Aguja. Ella recordaba que mar afuera, mientras se bañaba, le cayeron al lado como los torpedos que lanza el Submarino que cree estar en guerra. No quería ser sucia y piojosa como las Gaviotas y su ansiedad por las basuras que botaban a la Mar esa gente de China.

El Palangre lentamente pasó por Punta de la Gloria y frente al Hotel Irotama y siguió el camino del Aeropuerto a Ciénaga, Pueblo Viejo y a la costa de Salamanca, algunas veces en llamas.

Jenaro vio unas Tanguitas durmiendo. Hace mucho cuando pescaba de día esos pequeños emplumados le trajeron suerte con algunas Sierras y unos Jureles. Esos peces siempre

viven con el hambre de los "Gamines" del mercado.

Al pensar en el hambre recordó los Langostinos precocidos de la Ciénaga Grande y la Sopa de Pescado de Pueblo Viejo. Eso era acordarse de su Madre y de su deseo de alejarla de la gente conspiradora. Buena mujer. Y le llego la nostalgia que le movía los sentimientos más fuertes que la Mar al Palangre. Algo inevitable como el baile entre señoras que aplauden y se saben todas las canciones en las fiestas de 15 años.

- ¡Cardumen a la vista! - gritó Jenaro - Lo encontré sin la ayuda de esas piojosas aves. ¡Comiendo en la superficie!

Un giro de timón brusco a babor evitó que Jenaro pasara con el Palangre por encima de los peces. Solo las carnadas pasaron por la periferia. Llegaron algunos Toques y unas Picadas. Seguramente de los peces jóvenes.

- ¡Así hacemos con los Mochuelos! - dijo mirando a Bambi Liliana - ¡Debajo de ellos siempre están las Sierras! Ahora esta corriente nos está llevando hacia

el Norte. Sigue la pelea entre la Corriente y el Sol. Vamos hacia esa basura que sale de la Ciénaga Grande. Ahí va Camarón. Ese comestible siempre atrae peces. ¿Recuerda la vez que perseguimos esa espuma en la Punta de la Gloria? ¿No? Yo si recuerdo a ese Dorado. Trajo a sus hermanos. Tuvimos la nevera llena de Carites, Jureles y Cojinoas. ¿Recuerda que esa semana no estuvimos hambrientos como los Peces? Menos mal son caprichosos esos pececitos. Y la Mar de Santa Marta vomita peces cuando esta agitada.

Bambi Liliana permanecía mordiendo una cabuya. Sin desgarrarse la boca. Jenaro sacaba poco a poco los pescados que capturó. Les llenaba las vísceras de sal y el hielo los mantenía hasta llegar a puerto. Solo esa vez que la carnada quedó aprisionada en el fondo y el anzuelo le hizo creer que había cogido un Mero pero llegó al puerto "Blanqueado".

Luego Jenaro dejó caer su motor al agua. Iban ahora para mar abierto. Ya los Palangres estaban recogidos. Quería

navegar rápido para pescar una Albacora. No quería cruzarse con Ernesto y sus gigantescos Outriggers. Era un hombre obsesionado con el Marlín y el Pez Vela después que no pudo atrapar ninguno con sus Cometas de papel vejiga.

- Enganche un Pez en el azuelo Bambi Liliana – dijo Jenaro – Espere mucho para usar esta Caña amarilla. Lucha como un Tiburón viejo. ¡Es un oponente pesado Bambi Liliana! Hoy no tengo temor que se suelte. ¡Apague el motor Bambi Liliana! Dejemos que se aleje y saque línea. Voy a enrollar apenas pueda. << Seguramente va a intentar varias fugas cuando el Palangre se le arrime. Y a sacudirse también. En algún momento se cansará nuestra comida Bambi Liliana. Después usaremos el gancho debajo de las aletas pectorales. A menos que el susto le de fuerzas otra vez – pensó >>. ¡Sí, estoy seguro que no es un Selacio! ¡Puede ser el abuelo de los Pargos! Yo se Bambi Liliana que usted prefiere un Carite a una Sierra Canalera. Sé que nosotros decimos ¡Vamos

a pescar Sierras! pero los demás peces si nos importan. A la demás gente chismosa no y acuérdese que para ellos entre todos los peces solo cuentan las Sierras.

Jenaro llegó al Puerto. Bambi saltó y se fue con otros Firulais. Nada mejor que correr en la playa. Jenaro metió sus pescados en una nevera con hielo y se sentó en un butaco de espaldar rojo en el que podía mirar hacia la Mar.

Estaba debajo de un quiosco de techos de Palma y esqueleto de Manglar que lo sostenía sobre un piso de cemento teñido de rojo. Algunos niños se acercaron porque él contaba historias sobre sus peces. Y lo hacía para que Santa Marta no olvidara. Iban aunque sus padres dijeran que la Pesca es el oficio más raro de la sociedad y que por eso a mucha gente no le gusta la Mar. Ni el pescado. Ni las pobres ciudades costeras.

- Señor Jenaro – dijo un niño – ¿Nos puede contar una historia de sus peces? ¡Queremos saber dónde podemos pescar!
- ¿Dónde ha pescado usted señor Jenaro? – dijo otro niño.

- Empecé de pequeño hacia el Norte. En la salida del Rio Piedras, luego Arrecife y de ahí pase al Cabo de San Juan de Guía, la Ensenada de Playa Brava, la Ensenada de Palmarito, la Ensenada de Guachaquita, a Punta Guachaquita, la Bahía de Cinto y Punta de Cinto, la Bahía de Neguanje, en Punta Negra, la Bahía de Gayraca, en la Roca Mancini, la Bahía de Chengue, en Punta Macuaca, en Punta de Chengue, en Punta de Moto, en Punta el Vigía, en Bahía Concha, en la Isla de la Aguja, en el Canal de la Aguja, la Ensenada de Granate, en Punta las Minas, en la Bahía de Taganga, la Isla del Morro donde está el Faro y en la Bahía de Santa Marta.
- ¡Que memoria tiene señor Jenaro! - dijo un niño - Yo ni me acuerdo de las tablas de multiplicar. ¿Y al sur?
- Al sur pesque en la salida del Rio Manzanares, en Punta Gaira, en el Morro de Gaira, en Punta de la Gloria, frente al hotel Irotama, en el Aeropuerto, en la desembocadura de la Quebrada de Don Jaca, en Playa de Papare, a la salida del Rio Córdoba, en el Puente de la Barra, en

la Costa de Salamanca y en la Ciénaga Grande. Si quieren un Carite pelaos, deben ir a Tasajera o a Pueblo Viejo o al Aeropuerto - dijo Jenaro -A ese pez le gusta el agua turbia.

- ¿Y qué anzuelo usamos? - dijo una niña que tenía la esperanza de pescar.
- Si el agua esta turbia unas Cucharas y si no unas Plumas blancas o amarillas.
- ¿Tienen que ser blancas? Yo conseguí unas de Golero muy bonitas.
- ¡No! Esas no.
- ¿Y por qué Carites?
- Esos peces casi no tienen fuerza y se rinden fácil. Los puede pescar un niño. También necesitan mucho hielo. ¿Recuerdan la canción de la Cuchilla de Afeitar?
- Sí. Todos la cantaban después de la novela en televisión.
- Así son sus dientes. Filosos. Tiene un primo rallado. Ese solo se pesca al norte de Santa Marta. Vayan a Punta de Cinto cuando estén grandes - dijo Jenaro limpiando con un trapo algunos barcos de juguete que estaban colgando del techo.

- ¡Yo tengo unos primos que solo hacen rodar una llanta de bicicleta con un palo! - dijo un niño sentado atrás.
- ¿Cuáles son esos peces que tiene en el balde? - dijo una niña.
- Son Caballetas Labradas - dijo Jenaro sacando uno con su mano - Estamos en Diciembre.
- Las Caballetas Pintadas las sacamos con mi hermano del Muelle de Santa Marta - dijo un niño - También van mis vecinos de Pescaito.
- ¿Las que tiene en el otro balde son Picudas Amarillas?
- Si, las cogí de noche en el Aeropuerto.
- Mi mamá dice que los Jureles se acabaron con la dinamita.
- Algunos que no son pescadores usan ese método. Yo reemplazaría las Cojinoas que uso para sacar Tiburón con esa gente.
- ¡Señor! ¿Para qué usa esa Lámpara Coleman? - pregunto un turista que se detuvo a escuchar.
- La uso para pescar el Ojo Gordo en las noches sin luna - dijo Jenaro - Son peces muy ricos con patacón. Pero para quedar lleno hay que tener varios. Pero

yo le recomiendo el Pez Cabuya. ¡Miren allá! Los del Chinchorro tuvieron suerte con los Salmones y los Bonitos. Llegaron antes de terminar el año y Niños, ¡"Quien come cabeza de Bonito, de Santa Marta no se va"! Eso me pasó a mí. Culpa de mi padre.

- Yo vi una vez la Mar hervir como la olla de la Yuca de mi mamá - dijo una niña.
- Usted vio la "Pica Pica" - dijo Jenaro - Eran las Cachorretas comiendo Sardinitas. Yo las uso para capturar Barracudas porque brillan como estrellas. Al pez que llaman Bonito Caribe yo lo cojo en la época de la Brisa Loca.
- ¿Los vientos mágicos de la Sierra Nevada los traen? - dijo un niño pequeño.
- Si - dijo Jenaro - Una vez leí un libro sobre un Viejo Pescador que capturo uno grande y los Tiburones lo devoraron y el hombre se fue a dormir después. ¡Yo creo que era una Albacora gigante!
- Un gran libro - dijo el Turista - Pero no cuenta que la gente solo viene a recoger el pescado y olvidan a la Mar.

- Tiene razón amigo – dijo Jenaro – Desprecian lo que otros desean. Así son muchos pescadores cuando cogen otros peces que no han soñado. ¡En las ciudades dicen que solo los pescadores deportivos tienen un oficio de valor!
- Señor Jenaro – dijo un niño – ¿A esos pescadores deportivos solo les gusta el Pez Vela?
- A los de Barranquilla – dijo Jenaro – Gozan viendo al animal hacer acrobacias para librarse del anzuelo.
- ¿Todos los peces huyen cuando son cogidos? – dijo una niña – ¿Hacen lo mismo que la gente?
- No – dijo Jenaro quitándose las chancletas – La Cobia cuando se engancha se dirige hacia el bote del pescador aflojando la línea y enredándola. ¡A veces hay que enfrentar uno a su enemigo para detenerlo! Y se tiene uno que convertir en un Pez Sable y mostrar la agresividad. Pero todo es culpa de comportarnos como los Manuelitos. Esos peces son tan golosos con lo que no deben recibir.

- Gracias señor Jenaro – dijo la niña más grande del grupo – Debemos irnos a terminar las tareas.
- Recuerden que la felicidad no la da saber mucho de peces o del agua o de botes o de invertebrados – dijo Jenaro – Solo miren a la Mar como algo muy simple que les puede dar mucha felicidad.

Jenaro vio llegar la noche y con ella los desasosiegos de un hombre viejo. Los temores y ronquidos. Prefería no dormir para que los miedos de esos días donde no se coge nada volvieran a atormentarlo. O el fantasma del Hombre Pez que murió con la dinamita.

Había instalado una Hamaca amarrada con cabuya en las vigas de un techo de una discoteca abandonada. Un gran Caucho crecía en la mitad de ella dando sombra a toda la construcción. La Hamaca la amarró de las varillas que salían de una placa de concreto. El Vendedor de Sombreros le había asegurado que era un tejido muy resistente y que las cuerdas de Fique resistirían el peso de sus viejos huesos.

Jenaro se acostaba en la Hamaca de tejido rojo y se mecía impulsándose con un pie. El izquierdo. La brisa le pegaba de lado mientras leía algunas noticias. En los intermedios tomaba un poco de Kola Granulada que tenía en la repisa. Las vitaminas de la infancia. Estaba al lado de una lata de Duraznos Chilenos que tenía adentro las Agujas de reparar Redes todavía con el hilo envuelto, unas Agujas de Velero, un par de Pasadores y Empujadores, un Buril de Madera y el Rempujo.

Y en una lata de Sardinas guardaba los dos pares de Tijeras, los Mosquetones y Grilletes, una combinación amorosa de corte y unión.

El Mazo de madera y la Navaja de acero inoxidable estaban dentro de una bolsa de Fique colgada de un clavo oxidado por la Mar y un alambre del que colgaban unos Calabazos. Servía para que la puntilla no se desprendiera. Debajo una caneca con Alquitrán que le servía para que sus Cabos no los pudriera la humedad.

También tenía unos recipientes con Aceite de Linaza y Cebo que usaba para

impermeabilizarlos. Eran técnicas viejas que los jóvenes engreídos aceptaban cuando sus Cabos después de la pesca les diera la rigidez de los cadáveres y la hinchazón de los peces de las profundidades. Eso siempre alegraba al Anselmo, el de la Ferretería.

Luego sacaba cuando dejaba de mecerse su Navaja de cacha blanca. Un dibujo de un Alce en ella lo hacía pensar en la Gente que vivía en los bosques y pescaba Truchas. U otros peces. Podría ser gente igual a él, solo que la arena de la playa se cambiaba por tierra negra y muchos insectos. Luego empezaba a ver en la gente que pasaba los rostros de cantantes famosos.

La Mar no se cambia por un pedazo de Tierra. Eso le había escuchado Jenaro a un Contramaestre de la extinta Escuela de Maniobras. Ni se necesita en la playa una Velita para calentar las habitaciones de la Rancha. Y el hombre de mar como Jenaro es el único que sabe el arte de los Nudos. Del trabajo con la Cabullería que debe conocer cualquier pescador. Igual que lo sabe esa mujer que trae a su casa en una carreta la

cama y el colchón de su hombre. Algo necesario. Justo. Equivalente.

Jenaro no sabía por qué los otros pescadores y algunos turistas aficionados al Tequila le decían el Cura Calixto. Quizás por bautizar los Cabos de su Palangre por su función y no buscar el arrepentimiento haciendo nudos que no se pudieran soltar fácil. O porque después de Trincar todos los objetos que llevaba, hacia una oración pidiendo por su regreso. Era necesario con una mujer tan caprichosa como la Mar que descubre, confabulada con las nubes, cuándo un Cabo no tiene un nudo antagónico en su otro extremo.

Jenaro comparaba a esa novia que tuvo un amigo con la tracción que aprieta hasta los nudos más fáciles. Los que no complican la vida del Pescador. Al final el viento que venía de la ciudad tensó tanto que tuvo que usar las palabras tan afiladas como la navaja que llevaba en su bolsillo.

Jenaro supo amar a la Mar aunque hubiera nacido en la montaña y la playa del Rodadero lo viera crecer. La Mar era también su verdugo. La muerte siempre

estaba respirando detrás de sus orejas peludas en las pescas. También sabía que los pescadores con buena salud, sin enemigos y con muchísima suerte podrían sobrevivir a ella. O no. Lo importante para él era tener un buen Cabo.

En unas perchas que estaban en las tablas todavía conservaba las Drizas. De la época en que izaba las velas en ese pequeño velero. Lo encontró a la deriva. Unas de ellas y dos Escotas de las Velas de ese bote las había cambiado por unos Amantillos para las Botavaras. Una oportunidad para su Palangre.

Jenaro usando su Cachucha de los Yankis de New York, sus peloteros de blanco y azul preferidos, consideraba que hacer con las Escotas. Los Cabos más importantes en su bote. Como estar seguro que los hijos son de las mujeres. Porque si esos cabos eran capaces de guiar las velas, eran también fuertes para dirigir la vida de él. En su tiempo en la Mar. El verdadero tiempo. En que era Pescador y Hombre Pez.

Tambien los Guardamancebos. Más de una vez habían evitado que cayera a las enfurecidas

aguas del Tayrona. Y se alegraba que ya no fueran hechas con los hilos de algún animal Colombomericano. Como antes y mientras se mecía en la Hamaca, pensaba en su sociedad con los futbolistas. La que tuvo de muchacho y que duró hasta que el balón, regalo de su padre se reventó. Después fue expulsado del partido y enviado mejor a acomodar 4 piedras en la calle que servían de portería.

- ¿Qué pescó hoy Jenaro? - dijo Steven acomodando un butaco de madera y sentándose mirando la Mar saboreando un chorro de Ron que salía rápidamente de una botella del extranjero. También examinó el equipo de Hombre Pez que venía dentro de una maleta parecida a un colador.
- ¡Se coje de todo! - dijo Jenaro - Si la carnada es buena es un afrodisiaco para los peces. O buena puntería con el arpón. << Es un Palangre muy eficiente del que Pedrito con sus dulces de Cidra y Apio cubiertos de polvo blanco estaría muy orgulloso - pensó - Algún día tendré un bote más grande y no sé si en esa época

lo pueda fondear o coger. O pagar el combustible. Pero lo tendré y me arrepentiré como el Campesino de la Sierra que compra el Camión 600 >>.

- Igual que la gente que uno conoce en la vida - dijo Steven - Hay de todo en Tierra y uno se llena de ilusiones de joven... << Y a mí que me tocaba irme a correr en la montaña de Minca cuando pescaba la mujer que no era - pensó - Después me recibían los 40 grados de Barranquilla y las Vacunas de los Chirrietes que llegaban a la Pesquería con revolver en cinto >>.
- A mucha gente no le gusta lo que hacen - dijo Jenaro - ¡La pesca aburre a la gente! ¡Las ilusiones siempre traen algo más, Compae¡ Yo me distraigo haciendo nudos y pensando en las mujeres que no podría tener.
- Los que vienen buscando la Mar se vuelven humildes. Lo he visto - dijo Steven - Y cuando regresan de donde vinieron sin nada vuelve el orgullo.
- La vida yo la comparo con un nudo - dijo Jenaro pasándose la máquina de afeitar azul por la barbilla - Y cómo lo haga

uno tiene su efecto. Pero muchos Pescadores no se fian de eso.

- No le entiendo Compae – dijo Steven juntando las rodillas y frotándose las manos para luego soplarlas – Yo solo veo aquel reloj de ese hombre de Guayabera y pantalón largo que se compró con el sufrimiento de muchas mujeres.
- Y yo veo a esa enfermera que está curando la homosexualidad con el agua fria de río, corriente eléctrica y unas lecturas del libro sagrado – dijo Jenaro.
- ¡Es una Cerda llena de defecación! – dijo Steven. Intentó conmigo.
- Sí – dijo Jenaro agarrando de un balde unas vísceras de pescado y algunas agallas y las arrojó hacia la mujer que entre sus gritos, lo asocio con el maligno – ¡Malparida!
- Todavía tiene a ese marido buena persona – dijo Steven ayudando a Jenaro a recostarse en la hamaca – No lo deja porque ya está muy vieja para conseguir otro. Si no lo dejaría. Sin dudar y sin pena. Le gusta el dinero.

- No es muy bueno ese Kamy - dijo Jenaro - ¡El beduino que anda con Barracudas...! Ese "Androide Pitecántropo" fue con otro "Muñeco" y me tumbaron los Cocoteros. Querían esa tierra. ¡El Domingo después de la misa! Yo estaba bajo el agua con las botellas en la espalda. Se había golpeado mucho el pecho para poder mover la Macheta. Mientras su mujer hacia rechinar ese Catre con el Gringo.
- ¿El Gringo que quería aprender a pescar? - dijo Steven.
- ¡Ese borracho! - dijo Jenaro - Me acabó todo el licor de a bordo. Y después trató de besarme. ¡Probó mis nudillos el miserable!
- ¿Y su mujer? - dijo Steven - Tenía bonitos ojos azules.
- La invité a bañarnos en la Mar. Fue un día en que yo estaba muy cariñoso hasta con las Estrellas de Mar y uno que otro Pepino - dijo Jenaro - Su corazón estuvo muy feliz.

Steven acercó una mesita de madera que Jenaro compro en el mercado. De su mochila sacó una lona blanca enrollada que llevaba

impreso un tablero de Ajedrez. Y unas fichas que hacían notar había tenido varios tableros. Era el turno de jugar con Jenaro. Ya había derrotado al Carnicero, al Panadero, al que hacia los letreros y a otros necesarios hombres del Pueblo.

Las fichas Blancas y en particular el Caballo y el Alfil, siempre habían hecho reír a unas Prostitutas de 22 años embarazadas. De vez en cuando, hablaban del vestido blanco de novia. Y del ramo que posiblemente beneficiaria a otra si de pequeña jugó Beisbol con el papá. También las piezas Negras alegraban a los proxenetas del puerto cuando a alguien se le ocurría preguntar por qué la gente que se casa van de blanco y negro. Y si esa gente que se ama debería llegar al Jaque Mate incumpliéndole el juramento que le confirmaron al Cura.

La mesita recostada en una de las paredes de la Rancha quedo debajo de algunas fotografías importantes para Jenaro. Algo carcomidas en los bordes. Las observaba mientras la hamaca se movía pero no recordaba. Se recuerda lo feliz con alguien

pero la tristeza abre camino como Hipopótamo enfurecido escapado del zoológico de un mafioso. Y entonces el wiskey que remoja la corteza de algunas plantas para la enfermedad del zancudo del Manglar, se hace necesario y oportuno. Y como en el Ajedrez, la muerte ataca y el corazón se defiende. Por eso Steven le largaba un trapo a Jenaro para que limpiara sus fichas.

- Esto del Ajedrez se asemeja a lo que usted hace en el Palangre - dijo Steven.
- Si se refiere a la movilidad es mejor estar solo en ese Tablero Azul - dijo Jenaro.
- Sin fichas siempre aumentan los movimientos del Rey y del Peón, Jenaro.
- Yo lo comparo con mis pescas en mar abierto. En la costa siempre me siento acosado.
- ¡Tal vez los que inventaron el Ajedrez eran Pescadores! Tomar y capturar y matar. Se hace lo mismo, Jenaro.
- ¡La distancia de un cañonazo desde la Torre y la longitud de una línea con anzuelos bien cebados! Eso es lo

importante en estos juegos, Steven. ¡Mis Peones son los anzuelos y su movimiento de izquierda a derecha como borrachos por la Mar es lo que coje los peces!

- Sin anzuelos usted moriría Jenaro, igual que el Rey sin piezas que lo protejan.
- No si ataco, me defiendo, cojo, me muevo y obstruyo a la gente de la dinamita. Steven, leí que el que inventó el explosivo es el que se la pasa dando premios.
- Yo sí. El mismo. Creo que los pescadores son parecidos a los principiantes del Ajedrez.
- ¿Por qué?
- La dificultad de ver los movimientos de los Peces, Jenaro, se asemeja en ver los movimientos posibles de una Pieza. No todos aceptan que un anzuelo haga algo dferente.
- ¿Sabe cuántos anzuelos se necesitan para no pasar hambre? !Usted que siempre quiere llegar a la octava línea a coronarse¡
- Lo importante es obtener la ventaja, Jenaro – dijo Steven haciendo su primer

movimiento y con la intención de ganar haciendo uno de sus mates más simples.

- Necesitará más de 20 movidas para poder ganar - dijo Jenaro ordenando sus cabellos con un tenedor - Recuerde que nacimos en el país equivocado y hablamos el idioma que no es. Y no somos parte de esa Religión. Hasta el Finlandés es importante.
- Y nadie más que usted sabe que es llegar "blanqueado" - dijo Steven Zacarias sacando un portacomida lleno de Salpicón de Pescado y Arroz con Mollejas con Plátano Cocido y un Fresco de Limón - Si no es en esta partida será en otra.
- Mejor traiga una Kola y Pola para los dos - dijo Jenaro mirando a una familia hambrienta que le hacía señas y que se negaron la semana pasada a trabajar escamando unos pescados.
- ¿Para los dos? - dijo Steven - Mejor unos platos con fruta fresca. ¡Me gusta la Piña! Después fumamos.
- ¿Cuándo vamos a pescar? - dijo Enrique Espitia II que traía un platón rojo en la mano y una pala sobre el hombro.

- ¡Usted puede ir cuando quiera! – dijo Jenaro.
- Otro que quiere ir a esperar que los demás hagan el trabajo – dijo Steven – Usted lo que quiere también es un motivo para beber Ron.
- ¡Esta brisa dispara la arena como balazos! – dijo Jenaro juntando al lado de su Palangre lo de su pesca – Y esos Turistas ya mojaron toda la playa. << Es lo que debe sentir una lata vieja cuando le quitan la pintura con arena – pensó >>.
- Yo ayudo y me quedo con los peces que usted quiera devolver a la Mar – dijo Enrique Espitia II que se sentó en un tronco a revisar las líneas.

Jenaro terminó llevando a la Pesca a Enrique. Era un muchacho que mantenía la boca cerrada y solo escuchaba con la mirada hacia el piso y las manos apoyadas sobre una de las tablas que servía de asiento. Tal vez por eso lo condecoraron en la milicia. Algo que nunca lograría Jenaro cuya alma y su lengua ya estaban en lista de espera

para una de las pailas de las profundidades.

Claro que si queda campo porque los de abajo siempre andan muy ocupados ensartando a esa gente de las nuevas iglesias que se tomaron la Alcaldía y se la pasan remojando gente en la Mar. Los que reclutaron con el Megáfono desde los tejados. Los de las Inmobiliarias. Siempre el reclutador con el Sol de espalda. Eso funciona. Pero no tienen garantía que al pescado salado se le vaya la sal al lavarlo.

Era un día extraño de esos donde la Mar deja venir a cuanto Tiburón este por ahí. También porque algunos que viven de los Turistas arrojan Perros a la Mar para que esa gentuza pueda ver a los Tiburones. Y es cuando Jenaro saca su fusil semiautomático calibre .30 M1 Garand que usó su padre en la Segunda Guerra Mundial, en la Guerra de Corea y en la del Vietnam. Siempre los tiros rozan las nalgas de los Empresarios y es ahí cuando sueltan los Perros y los Gatos y estos pueden escapar, a veces tumbando a uno que otro Turista que cae a la Mar y es almorzado con gusto por los invitados.

- ¿Por qué no cambia de profesión, Jenaro?
- Me gano la vida aquí con los peces. Si no gano nada al menos no paso hambre. Alguien me regalará un fosforo cuando lo necesite.
- ¿No quiere recorrer el País como lo hacen todos?
- La Mar es más grande. Por encima y por debajo.
- A mí no me gusta vivir aquí. Es difícil vender a los mismos las mismas Flores de Papel.
- Yo le regale un libro que enseñaba a hacer remedios con Miel. Era de un amigo. ¿No intento hacer algo de ahí?
- No me gusta leer y mejor espero que otro lo haga y yo le ayudo a vender.
- Entonces no puede quejarse. Es cosa suya no tratar de aprender otro oficio. Eso de ser Artista es difícil. No llena la nevera ni paga las cuentas de la luz. Pero debe haber algo del Arte que si lo haga. A menos que no le guste a usted hacerlo porque eso no lo lleva a la fama.
- Me gusta la Fotografía.
- Ahí envuelta dentro de la caja hay una Cámara Fotográfica y algunos rollos a

color y otros a blanco y negro. Cójala. Puede ahora ser un pescador de imágenes.

Enrique II estuvo en silencio un rato largo. Jenaro también. Luego Enrique II se sintió confundido porque lo que siempre deseo, renegó y culpo a los demás por no poder hacerlo ahora lo tenía en sus manos.

- Un buen pescador no necesita un Cabo nuevo para sacar la comida – dijo Jenaro mirándolo de reojo y sonriendo – Nunca es el equipo, es la práctica.
- ¡Gracias Jenaro! – dijo Enrique con el rostro iluminado y sin la carga que le pusieron sus padres.
- Si no quiere estudiar en una Escuela ahí hay un libro. También el manual. << Al menos me dejó la Cámara después del divorcio – pensó Jenaro recordando a la que hace 40 años le dijo que lo amaba >>.
- Soy autodidacta. << Uno es así cuando no hay dinero para comer, no hubo cupo en la escuela estatal, no se pudo sacar la cédula, se firmó una queja en protesta y no se quiere hipotecar la casa para pagar un estudio – pensó Enrique II con

lágrimas en los ojos al recordar su familia >>.

- Pesquemos hoy sin pensar en mañana - dijo Jenaro - La iniciativa de la amistad diaria con los peces es solo de nosotros y de la Policía.
- Su experiencia en pesca siempre es beneficiosa. Tanto como la música de Compay Segundo. Y no se compara con los chismes de los Cantineros de hermosa piel y manos suaves.
- Avancemos una Milla Marina hoy - dijo Jenaro - Eso son solo 1855 metros de buena pesca, Enrique. ¿Se tiente capaz de hacerlo? Son casi 2 kilómetros de carretera en Burro. ¡Vamos entonces por un poco de Necton!
- Son 1850 metros buscando Teleosteos - dijo Enrique II - Todavía recuerdo que en la Escuela dijeron que la Tierra era un elipsoide. Todos pensamos que se parecía a un helado.
- Yo todavía tengo el libro de Julio - dijo Jenaro - Eran 20.000 leguas marinas multiplicado por 5556 metros franceses. Ese hombre debió haber visto buenos

peces ¡Y la Braza todavía sigue siendo 1.83 metros!

- Ese libro es de fantasía, Jenaro.
- Bueno. Lo que si se es que mi Palangre navega a 1 nudo. ¡Sí, vamos despacio, lo sé! Una milla marina por hora no es mucho pero para la pesca está bien.
- 0.5144 metros por segundo. ¡Tienen que ser rápidos esos peces si quieren algo de la carnada! - dijo Enrique sacando el brazo y tocando la Mar con la mano.
- Lo único que veo aquí es que a ambos nos fue bien con la aritmética - dijo Jenaro encendiendo un tabaco pequeño para tantear la velocidad del viento - ¡Empiece a dejar caer la línea hasta 9 pies!
- Si un pie son 30 centímetros serian ... Entonces la profundidad seria ...
- ¡Ya no más aritmética! Esto es instinto Samario. Tengo toda la ruta grabada en mi mente. ¡No hay relieve marino que no me deje llegar! - dijo Jenaro.
- Yo tengo mi método para ubicarnos - dijo Enrique - Siempre miro las nubecillas que se hacen encima de los Arrecifes de Coral. También la Costa la ubico por los

grupos de nubes fijas. Y si veo un relámpago en el horizonte se que estoy cerca de una zona montañosa.

- Son buenos métodos - dijo Jenaro - ¡Yo he aprendido algunos! Me guio por los chillidos de las Aves Marinas que van y vienen. Y la abundancia de Algas me dice que hay aguas poco profundas cerca. O los golpes de las maderas a la deriva en el casco. También el olor que trae el viento.
- ¡Tambien hay que saber pescar! - dijo Enrique - El Fabio cogió unos peces que se alimentaban de Algas Venenosas. Murieron algunos de sus clientes.
- Yo de muchacho cogí unos peces que soltaban una baba - dijo Jenaro - El Arturo de la Plaza de Mercado me dijo. Él sabía mucho. Aseguraba que las vísceras también tenían veneno en los peces comestibles. Y que algunos eran tóxicos en ciertas épocas del año y aun estando muertos. ¡Fue un gran maestro!
- ¡Es mejor preguntar a donde uno vaya que peces se pueden coger! - dijo Enrique acordándose del pescado guisado que casi lo mata en las Bahamas.

- Es mejor sacarle el quite al Cofresito, al Espinoso, al Ballesta y al Cornudo – dijo Jenaro pasándose la mano varias veces por la boca – Pero nada como el Cebra para matar y sus compinches el Pejesapo, el Peje Araña y el Barbero.
- ¡Los Barberos son peligrosos con sus navajas! – dijo Enrique – Cuando se enamoran muerden como la Murena o la Picuda.
- ¡Upa! ¡Caramba Compay! – dijo Jenaro – Esos temas de amor no se parecen al pescado limpio y seco que dura varios días. ¿No cree que es mejor que un pescado dure más de medio día?
- Me gustan los peces con olor salino y limpio – dijo Enrique acomodándose el sombrero de paja que todavía conservaba la cinta para no deformarse.
- El Bernardo que vivía en el Morro se murió por comer el hígado de un Tiburón – dijo Jenaro – ¡Demasiada Vitamina A!
- La gente sin comida que pensaba venir de las ciudades de la montaña a vivir de la pesca no saben de los animales venenosos – dijo Enrique sacando con un balde un

poco de agua que estaba en el piso del casco.

- ¡No hay peces sin veneno para tanta gente! – dijo Jenaro tocándose los pantalones.
- Si – dijo Enrique – Eso fueron ideas de un loquito que conoció hace mucho las subiendas de río. Antes de que le echaran los venenos.
- Lo más seguro es que la gente se vuelva caníbal – dijo Jenaro – y a nosotros nos toque vivir en el Palangre en la Mar. ¡Todo el tiempo!
- La gente cree muchas cosas sin ser ciertas – dijo Enrique – Por eso el que no sabe esperar ni pescar le gusta tanto la dinamita. De los 100 peces que coge el Palangre 70 son venenosos. ¡Hay que devolverlos!
- Así como que es la vida Compay Jenaro… Así es la vida.